

IBEROAMERICA: COINCIDENCIA DE RIVALES

La estrategia política utilizada por las diversas potencias tienen a veces curiosas y sorprendentes coincidencias. Su análisis puede resultar interesante y revelador; a veces, incluso aleccionadoramente útil.

Uno de estos casos nos lo ofrecen, por paradójico que nos resulten, las políticas económicas y financieras practicadas hoy en Iberoamérica por los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Su intencionalidad es, indudablemente, distinta; los objetivos últimos, también lo son. Pero sus resultados presentan coincidencias de tanta trascendencia, que, en último extremo, el futuro pudiera estar claramente condicionado por la toma de conciencia o no de esa realidad. Veamos rápidamente la situación:

A) *La U. R. S. S.: cambio de estrategia.*

En la dinámica actual de las fuerzas económicas operantes en las Repúblicas iberoamericanas, los grupos marxistas adictos a Moscú están practicando un juego sutil, de gran madurez política y de alcances muy peligrosos. Han quedado ya decididamente relegadas las tácticas de los «frentes populares» de los años 30 y del «camino de Yenán» de los 40. La estrategia vigente recoge de esas experiencias lo más útil para sus objetivos revolucionarios finales; pero, al menos en América del Sur, la base esencial de sus líneas de acción actuales se realiza por otros cauces.

Así cabe observar que, aunque en principio siga pretendiendo respaldar políticamente las reivindicaciones sociales de las clases desposeídas y las laborales del proletariado obrero, está muy lejos, sin embargo, de su intencionalidad real, el crearle conflictos al gran capital mediante un respaldo sistemá-

tico a sindicatos y gremios. Hace ya tiempo que la formulación ideológica de extrema izquierda, que sigue constituyendo el núcleo de sus programas aparentes, no concuerda con su acción política real. Más bien, en el caso de esta última, se trataría de una vuelta a un Marx más auténtico, buscando coadyuvar, suave y sutilmente, a una aceleración del proceso de concentración de la riqueza y de los medios de producción.

Intentan con ello soslayar los errores que condujeron al fracaso de la acción comunista en la última posguerra europea, donde—como es de dominio público—la política militante de extrema izquierda de los Partidos Comunistas nacionales creó tal serie de anticuerpos, que, a la postre, frustró el objetivo último que realmente se proponían.

Esa experiencia y las aplastantes reacciones militares que vienen suscitando los ensayos de una acción aún más extrema, como la guerrilla—el caso del Perú, el año pasado—, ha terminado por imponer esa drástica revisión de la estrategia comunista que ahora nos ocupa. Así se está favoreciendo solapadamente, como decíamos, el proceso mismo de concentración de capitales, agravando progresivamente las ya notorias desigualdades de riqueza existentes. Resulta razonable calcular, bajo su particular punto de vista, que, a plazo no muy largo, la situación terminará siendo explosiva y, por ende, políticamente rentable.

La puesta en marcha de tal estrategia, como era de esperar, recurre a una metódica acción local de carácter sociológico, no menos sutil de concepción que la táctica de alcance continental que venimos analizando, pero ofreciendo menor novedad de método. De suerte, que, en el plano local, se siguen persiguiendo ciertos objetivos tradicionales: desvirtualización de los valores morales, corrupción de los cuadros de la Administración Pública, metalización de las aspiraciones individuales, marxistización de las minorías intelectuales, ruptura de la institución familiar..., sin perder nunca de vista el carácter complementario y subordinado de todo esto al proyecto básico de cooperación en la progresiva concentración de la riqueza.

Además, se trata de una estrategia generalizada para todo el Continente. Hay, sin duda, claras excepciones, como el caso del norte brasileño. Pero, incluso en ejemplos como ese, la rentabilidad inmediata que suministran las circunstancias locales se ve reforzada por su utilidad como equívoco político. Gracias a esos casos excepcionales, se sigue manteniendo la ficción de que la estrategia comunista no ha cambiado y sigue persiguiendo el eventual asalto al Poder por los métodos que le eran tradicionales. Esa táctica logra, como co-

rolario, canalizar la mayoría de los esfuerzos defensivos anticomunistas hacia la eventualidad de una acción directa que no se presentará.

Junto a esto, cabe señalar dos enmascaramientos más que, a modo de cortinas de humo, contribuyen a dificultar la dirección de la nueva estrategia. Por un lado, como ya se indicó, opera la tradicional proyección pública de los conocidos tópicos con que los grupos intelectuales marxistas sazonan una supuesta intencionalidad política inmediata de extrema izquierda. Por otro, la actividad directa, tosca, de matices y de métodos conocidos que practican sectores comunistas afectos a Pekín y agrupaciones extremistas variadas: trotskistas, anarquistas... Estos últimos grupos, naturalmente, caen fuera del control de Moscú y, a veces, en sus excesos periódicos, comprometen seriamente los sutiles manejos soviéticos. Pero, por lo general, su utilidad actual como cortina de humo es innegable.

Este es el cuadro general que presenta, tras un rápido esbozo, la nueva estrategia comunista en la América Central y Meridional. Veamos ahora su coincidencia básica con la política norteamericana en la zona.

B) *Los Estados Unidos: política tradicional.*

Para evitar perderse en el mar de confusionismo que es habitual, conviene plantearse claramente la diversidad de políticas que practican las distintas instituciones y grupos de presión que representan la acción y los intereses norteamericanos al sur del río Grande. Es absolutamente indispensable sentar claramente que, con relación a sus vecinos meridionales, los Estados Unidos no tienen una política coordinada y única, sino múltiple, y, frecuentemente, de apariencia contradictoria. Así, el Departamento de Estado, el Pentágono, las entidades financieras—sean éstas propiamente estatales norteamericanas o regionales continentales, pero, al fin, controladas mediante la desigual aportación económica del «coloso del Norte»—, los inversionistas privados, etcétera, constituyen otras tantas fuerzas políticas con objetivos cifrados en intereses concretos. A menudo, sus manifestaciones externas son divergentes y hasta contradictorias, haciendo difícil observar que, habitualmente, sus planteamientos conflictuales suelen resolverse subordinando lo político a lo económico.

Intencional o no, el confusionismo interpretativo que cabe observar entre los comentaristas políticos suele provenir precisamente de esa falta de armonía

en las manifestaciones externas norteamericanas que se acaban de apuntar. Los intereses económicos de inversionistas privados y las limitaciones políticas anejas a las sumas concedidas por los Estados Unidos en concepto de asistencia técnica y ayuda financiera a Iberoamérica, responden a unos mecanismos de política de poder y a unos conceptos de rentabilidad—económica o de otro tipo—difícilmente congruentes con la tradicional enunciación de principios y propósitos del Departamento de Estado. Conocidos son los denonados esfuerzos de éste por aparecer como paladín de las profundas y urgentes reformas de estructura que requieren las Repúblicas del Sur. A veces, la incompatibilidad de «gesto y realidad» es tan manifiesta que cuesta trabajo no calificarla de torpeza. En esas ocasiones, al observador no le queda más remedio que preguntarse si los Estados Unidos, en su política internacional, a través de las manifestaciones y las tomas de posición de su Departamento de Estado, no mantendrá una mitología meramente enunciativa de principios y axiomas, que deforman perjudicialmente su imagen exterior. Se diría que su acción mundial está pensada desde y para el exclusivo consumo y beneficio de su maquinaria de política interior. Cuesta trabajo creer que así sea, al menos que lo sea de una manera consciente, pero los hechos desgraciadamente parecen empeñarse en confirmar la sospecha. En el caso de una Potencia rectora esto es, sin duda, muy grave.

Pero indicado queda también que las frecuentes contradicciones de «gesto y realidad» suelen resolverse en favor de ésta última, es decir, en beneficio de los intereses económicos—públicos o privados—norteamericanos en Iberoamérica, por más que se intente siempre conservar por todos los medios y sin escatimar esfuerzos la ficción inversa.

La percepción clara de lo expuesto hasta aquí es esencial si se quiere evitar errores de perspectiva en la interpretación. Y con base en todo ello, precisamente, cabe plantearse el alarmante problema de las coincidencias esenciales de objetivos con la nueva estrategia soviética.

Con relación al comercio internacional y a los efectos del progresivo empeoramiento acelerado de los términos de intercambio, el informe de Prebisch al GATT fue definitivo. Pero en el plano interno de cada una de las economías nacionales, conviene también señalar otros efectos importantes.

La defensa a ultranza, por un lado, de los intereses de la inversión privada norteamericana en Iberoamérica, y, por otro, el deseo de establecer en la zona una economía relativamente complementaria a la propia de los Estados Unidos, son factores que, en última instancia, contribuyen muy decididamente a acele-

rar el proceso de concentración de capitales. Y esto hay que considerarlo frente al hecho político primordial que supone la enorme capacidad de presión que se le conoce a los Estados Unidos con relación a los Gobiernos Iberoamericanos; capacidad que no ha dudado en utilizar en ciertos casos, según es notorio. A la luz de esto, parece incontrovertible y necesario afirmar que Washington realmente no se ha propuesto seriamente el influir para cambiar la situación de las estructuras socio-económicas existentes en la América infra-desarrollada.

La Conferencia de Punta del Este, que da origen a la Alianza para el Progreso y la propia Alianza, no fueron sino unos brotes esperanzadores de buena intención y recta visión, lanzados con publicidad excesiva y poco seria, que sirvió para alarmar a los grupos de presión norteamericanos partidarios del inmovilismo en la zona, que rápidamente se organizaron para impedir cualquier paso decisivo en el camino proyectado. Para ello, como era de prever, contaron con el incondicional apoyo de las estructuras oligárquicas sudamericanas.

De una manera inmediata, la línea seguida hasta ahora por la política norteamericana en Iberoamérica es indudable que redundará en una creciente rentabilidad de sus inversiones, a la par que incrementa—política aparte—su poder real y consolida los actuales mecanismos de dependencia económica en que están situadas las Repúblicas meridionales. Tradicionales ventajas éstas, de un sistema que, históricamente, a los Estados Unidos les ha resultado económicamente rentable y políticamente cómodo.

Pero inténtese contemplar sus intereses a largo plazo, con previsión de futuro. Sólo en una evolución pacífica, acelerada y proyectada hacia un desarrollo económico estructural de Iberoamérica, pueden los Estados Unidos encontrar seguridad para su mañana. Las tendencias en que se evoluciona hoy, que por tradicionales parecen poco peligrosas, conducen ineludiblemente y a plazo más o menos corto, a una situación explosiva de consecuencias imprevisibles para todos. Conviene insistir en que el replanteamiento drástico que se requiere es estructural; afecta a la realidad actual en todos sus aspectos. Son muchos los intelectuales norteamericanos que lo perciben así—aunque no sean los más ni los más escuchados—, pero no dejan de señalar las ímprobables dificultades que se podrían resumir en una pregunta: ... ¿Le será posible a Washington subordinar las exigencias circunstanciales de momento de su política interna y de sus grupos económicos a sus auténticos intereses nacionales de largo alcance?...

Conclusiones.

Esa es la gran incógnita. De las sombrías perspectivas de éxito que auguran tales dificultades, surge la imponente amenaza. Pues queda esbozado cómo coinciden hoy los objetivos generales norteamericanos en Iberoamérica, con las conveniencias de la nueva estrategia soviética. Al hilo de esa comprobación, se vislumbran las consecuencias que se producirán de no mediar una reorientación de la política norteamericana; de no procurar asemejar «la realidad al gesto».

La situación actual comporta, pues, una gravísima advertencia, que a todos afecta y que conviene ventear debidamente.

La solución pende de que tome conciencia de ello una parte de la opinión norteamericana: ese sector siempre fluctuante que en Washington pesa en la conformación de la decisión política. No olvidemos que se trata de un país con modalidades peculiares de altruismo, de las que dio importantes pruebas no ha mucho.

En todo caso, sea el futuro como fuere, la ética funcional de un observador le impone señalar los peligros que logra entrever, aunque, como en este caso, el ánimo quede envuelto en pesimismo.

Buenos Aires, junio de 1967.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.